



Ulrich Mühe en su interpretación del capitán Wiesler.

La vida de los otros

Una conversación entre Joan Tafalla y Francisco Fernández Buey

Sobradamente conocidos de los lectores de *El Viejo Topo*, Francisco Fernández Buey y Joan Tafalla conversan sobre la opera prima de Florian Henckel, que tan buena recepción ha tenido tanto en nuestras pantallas como internacionalmente. No es que sea un hecho muy frecuente, pero esta vez los académicos estadounidenses han acertado con su Oscar.

El Viejo Topo: “La vida de los otros” es un film que está dando lugar a comentarios muy diversos. Quería pedirlos, para empezar, una valoración global de la calidad de la película. ¿La consideráis muy buena, buena, regular, mala?

Fco. Fernández Buey: A mí me ha parecido muy buena. Con un guión inteligente, un montaje adecuado para un thriller melodramático –que es lo que pretende ser la película–, con una correcta dirección de actores, con una interpretación excelente y con una música bien escogida... Una buena película.

Joan Tafalla: Básicamente coincido con lo que dices. Aunque yo no la calificaría de *muy* buena. Es una buena película que cumple sobradamente los objetivos que se propone. Quizás la evolución de los personajes es más rápida de lo que sería razonable esperar en ese contexto, aunque es cierto que se produce algún hecho catártico que justificaría esa transformación. Pero, en cualquier caso, la evolución de los dos personajes principales, el autor teatral y el capitán de la Stasi es un poco demasiado rápida para ser completamente creíble.

El Viejo Topo: Te has referido a los objetivos de la película... ¿cuáles creéis que son esos objetivos?

Joan Tafalla: La película, siendo como es una buena película, cae en un cierto didactismo. Contiene una tesis política y pone todos los recursos –dramáticos, de montaje, musicales, etc.–

necesarios para conseguir estos objetivos. De ellos, el principal es hacerle creer al espectador que la única salida posible ante las deficiencias del socialismo burocrático era la implantación del capitalismo, o al menos propiciar una cierta conformidad con esa idea. Esta es la tesis principal, un objetivo que la película cubre notablemente bien.

Fco. Fernández Buey: Yo no lo veo así. La película no está pensada para oponer al socialismo realmente existente en la RDA la restauración del capitalismo. Es una historia melodramática en la que de manera voluntaria se ha definido relativamente poco a los personajes principales y nos sitúa ante unos hechos que, por otra parte, son conocidos: los procedimientos de la Stasi en la vigilancia constante de los disidentes en la RDA. No me parece que se pueda deducir de ahí que la intención de la película es defender la restauración del capitalismo; tampoco se trata, como algunos han dicho, de la película de la reconciliación, del consenso en el que todos, los de un lado y los del otro, se pueden encontrar a gusto viendo una situación en cierto modo indefinida.

El Viejo Topo: Si me permitís que tercie en esta conversación, tengo la impresión de que la mayoría de la gente hace una lectura de la película similar a la que ha hecho Joan, pero personalmente estoy más cerca de lo que Fernández Buey ha dicho, porque ni el capitán de la Stasi, ni siquiera el autor teatral, que son los dos ejes sobre los que pivota la película, renuncian a los

ideales socialistas. El comportamiento del capitán Wiesler (Ulrich Mühe), su evolución, no son consecuencia de una pérdida de fe en el socialismo, sino de la repugnancia moral que le produce que un ministro aproveche su situación, su poder, que utilice a la policía para vencer la resistencia de la pareja del escritor, reacia a corresponder a los apetitos sexuales del ministro.

Fco. Fernández Buey: Sí. Yo diría que hay un momento clave en la película que tiene que ver con Bertolt Brecht. A partir del momento en que el capitán Wiesler tiene en sus manos el texto de Brecht se produce algo así como un giro en su actitud de vigilancia. Eso es un guiño al espectador alemán, que sabe quien es Brecht. Creo que es una película de gestos, de silencios, de alusiones. No es una película explícitamente política, es una película de emociones, melodramática. No me parece que de ahí se pueda deducir una actitud antisocialista, aunque, sí, desde luego, una actitud crítica respecto de los restos del estalinismo en la RDA. En eso coincido bastante con lo que ha dicho Wolf Bierman, el antiguo disidente de la RDA que pasó a la República Federal, que la ve fundamentalmente como una película de emociones cuyo trasfondo político era suficientemente conocido tanto en un lado como en el otro.

Joan Tafalla: Cuando he dicho que el conjunto de la película cumplía bien los objetivos, naturalmente me refería a que los cumple recurriendo a todos los recursos propios del arte cinematográfico, de la dramaturgia. Pero la actitud crítica respecto a lo que fue el socialismo burocrático no tenía por qué ir acompañada de la idea de que la salida de la democracia socialista se transfiguraba en el cuerpo del *Der Spiegel*, que es el periódico que "lucha por la libertad" en la RDA. Ahí hay una elección. Es a partir de ese momento cuando advierto que la película me impone un camino y una salida que no son los únicos, y que no comparto. Antes de ese momento el choque entre el dramaturgo comunista, crítico con algunos excesos del sistema pero convencido del sistema, y la realidad del sistema, encarnada en una casta burocrática que se apodera del mismo por falta de democracia socialista, es lógico que genere una evolución en el escritor; por otra parte el policía, que está convencido de su trabajo, y convencido de la función que cumple en defensa del Estado socialista, ve al Estado socialista y a su propio trabajo manipulados por la casta burocrática, y eso produce una evolución en



el personaje... Pero la película a mí se me cae en el aspecto político cuando presenta como alternativa al *Der Spiegel*. La alternativa a que la película nos propone no es un socialismo crítico, democrático, como el que podían defender aquellos llamados disidentes, que defendían mejor los ideales del estado socialista del República Democrática que los propios dirigentes de ese estado, como podían ser Harich, o hasta cierto momento Bahro. Ideales que chocan con el estalinismo. Esa es la impresión con la que yo salí del cine: la de que me habían llevado a otro sitio, y que había sitios mejores a los que ir.

Fco. Fernández Buey: A mí, la película me emocionó, sobre todo el final. Florian Henckel podía haberle puesto el mismo título que lleva la música que suena en el momento en que se conoce el suicidio del intelectual disidente y que luego da título

lo también al libro que escribe el dramaturgo: "Sonata para una buena persona". El guión es interesante, porque se empieza presentando a un funcionario de la Stasi que, para entendernos, tendría que haber sido el malo por antonomasia de 1984 de Orwell –y no es ninguna casualidad que la acción se desarrolle en 1984 en Berlín– y, sin embargo, poco a poco, nos vamos dando cuenta de que este vigilante malvado, que se caracteriza por una frialdad más que considerable, tiene sentimientos, y resulta finalmente ser un policía bastante atípico, alejado de la idea que uno puede hacerse de lo que es la policía política en un régimen así. Recuerdo una anécdota que me contó hace años Octavi Pellisa, de cuando estuvo en la RDA en los años 50-60, relacionada con la Stasi. En un momento determinado tiene que pasar por una de esas comisarías, porque desconfían de él, que es un comunista catalán que está allí como exiliado político. ¿La desconfianza de donde viene? Le dice el comisario: "Aquí, en su ficha, figura que es usted comunista, pero en cambio yo veo que usted pertenece a un llamado Partido Unificado Socialista". Octavi le dice al comisario: "Bueno, pero usted también, su partido también se llama Partido Socialista Unificado", respuesta que casi le valió un par de tortas. Esa es una anécdota mínima de lo que puede salir de los ciento ochenta kilómetros, ¡ciento ochenta kilómetros! de documentos que había en los archivos de la Stasi, fruto de la vigilancia a miles y miles de personas. Pero, en cualquier caso, creo que la película no tiene que verse como un documental político, no hay que preguntarse hasta qué punto refleja o no con precisión la historia de esos años en la RDA, porque Florian Henckel ha construido una historia de ficción, eso sí, con una base histórica documental.

Joan Tafalla: De acuerdo con que la película refleja una reali-



dad existente en la RDA en esa época, y en que esa realidad sólo merece la crítica más rotunda desde el punto de vista democrático y socialista. Otra cosa distinta es que el discurso de que eso era 1984, que a mí no me convence. En 1984, en Occidente, los sistemas de control de la población eran similares, sólo que menos artesanales que los de la RDA, que iba con retraso respecto al mundo occidental. Hoy los archivos con los informes de todos nosotros, de los que estamos reunidos aquí y de mucha más gente, no ocupan kilómetros; hoy ocupan megas. En España, por ejemplo, están almacenados en un ordenador bautizado como "Duque de Ahumada". Ahí estamos perfectamente clasificados todos los sospechosos habituales. Es así, no se trata de ninguna paranoia. Por eso, y por otras cosas, la conclusión de que la alternativa al socialismo burocrático, deformado, al estalinismo, fuera la implantación de un sistema liberal-representativo no me parece seria. La alternativa real era una democracia de verdad, y si algo había que criticar al estado policial de la RDA es que se parecía demasiado al estado policial capitalista. Desde mi punto de vista, en los países del socialismo burocrático lo que había era carencia de comunismo, no exceso de comunismo. Yo soy comunista, y desde que empecé a militar identifiqué comunismo con democracia. Son términos que para mí son casi sinónimos. En su origen histórico lo eran, y si se ha perdido esa similitud de significado es porque desde que se crearon esos conceptos ha habido una permanente lucha de clases que nos ha arrebatado las palabras y sus significados, pero lo que veo en la película no es muy diferente de lo que podemos ver en la comisaría de la Sagrera con los inmigrantes, sólo que ahora el control está más tecnificado.

Fco. Fernández Buey: Yo tampoco entiendo comunismo como algo separable de la democracia... pero partiendo de eso, sí veo diferencias entre lo que es un régimen estrictamente represivo y lo que es un régimen en el que existen garantías jurídico-políticas. No se trata sólo de que haya métodos "antiguos" en sus formas policíacas, sino de que en lo que se llamó "socialismo real" no existía prácticamente ninguna garantía legal de los ciudadanos frente a los vigilantes. Desde este punto de vista, me parece que el comportamiento de la Stasi era mucho más parecido al de la Brigada Político Social del franquismo que al del sistema policial de cualquier país de democracia indirecta, representativa. El asunto de fondo, visto retrospectivamente, no es que lo que navegaba con el nombre de socialismo no tuviera nada que ver con ninguna idea seria de socialismo, pues para un marxista eso es obvio y, en ese sentido no creo que la película

muestre nada nuevo; el asunto de fondo son los 180 kilómetros de documentos sobre la vigilancia de la vida de los otros.

La novedad de la película está en la forma de tratar, desde la distancia, lo que era la situación en 1984. Y en esto, obviamente, faltan cosas. Falta contexto. Si hubiera querido ser un documento histórico-político, la película debería haber tido en cuenta que 1984 fue un momento muy decisivo en las relaciones internacionales en el mundo bipolar, un momento clave de la Guerra Fría, en el que se estaba viviendo el culmen de una situación que podía haber llevado a una guerra librada con armas nucleares. Debería haber aludido al movimiento antimilitarista y pacifista de entonces. Pero, insisto, la intención documentalista no estaba presente en la idea del director del film. En lo que cuenta, *La vida de los otros* obliga a cualquier rojo a reflexionar a fondo sobre la diferencia –en mi opinión, cualitativa– entre lo que era comportamiento de la policía de la RDA en esos años y la situación en cualquier país con democracia formal en el que existan, al menos, ciertas garantías legales.

El Viejo Topo: Hay otro elemento diferenciador: la entronización de la delación como método generalizado. Un verdadero cáncer que socava la ética individual y colectiva. Es verdad que ha habido episodios parecidos en el mundo capitalista –con McCarthy, por ejemplo– pero nunca han sido tan intensos ni han durado tanto tiempo.

Fco. Fernández Buey: El fomento de la delación es algo muy perverso. Lo ha sido siempre. Se dio, efectivamente, en la época del macartismo en los Estados Unidos, en una época en la que hubo una eclosión de autoritarismo directamente vinculada al anti-

comunismo de la Guerra Fría. Pero lo tremendo, para nosotros, es que el fomento de la delación apareciera ya como uno de los primeros elementos característicos del estalinismo. La dela-



Francisco Fernández Buey

© Alejandro Pérez



Joan Tafalla

© Alejandro Pérez

ción estaba ya plenamente instalada en los años treinta en la Unión Soviética; de ahí pasó a la República Democrática Alemana y duró hasta el final, hasta la caída del Muro. La delación es una perversión de cualquier forma de socialismo pensable. El estalinismo no tiene la exclusividad. También se fomentó desde arriba en Italia y en la República Federal Alemana en los llamados “años de plomo”, cuando aparecen los Brigadas Rojas y la Fracción del Ejército Rojo. Que la delación se haya fomentado en nombre del socialismo es de lo peor que hemos vivido quienes pensamos que socialismo y democracia, que comunismo y democracia, tienen que ir unidos.

Joan Tafalla: La experiencia de lo que ha sido el proyecto comunista durante el siglo XX obliga a intentar superar sus importantes déficits; uno de ellos estriba en copiar del capitalismo el modelo tecnológico de organización económica de la sociedad y los objetivos que se desprenden de ese modelo, y el otro, a causa de que los aparatos de represión del estado están muy vinculados a los objetivos de desarrollo económico, ha sido copiar íntegramente los aspectos represivos –a veces incluso los peores– del capitalismo. En este aspecto el capitalismo ha tenido una mayor capacidad de digestión, y ha podido amortiguar su represión con un sistema hegemónico cultural que permitía reducir los niveles represivos a lo estrictamente necesario para que el sistema funcionara. Esa faceta represiva es algo que la película nos echa a la cara, y eso está bien; el planteamiento y el nudo de la película me parecen perfectos, pero no comparto el desenlace. Nos vende que no hay otra salida, que no hay posibilidad de otro socialismo. Y atmpoco hay que olvidar que, con todos sus defectos, algo del verdadero socialismo también estaba presente en la RDA, porque de otra forma no se entendería que un 10 ó un 15% de la población esté añorando aquel sistema, aunque sea críticamente.

Fco. Fernández Buey: Dices que el desenlace lleva a pensar que no cabía otra salida que la sociedad del McDonald's, pero a mí no me parece que ese sea el mensaje de la película. Una cosa es lo que sabemos que ocurrió a partir de 1990 y otra la intención de la película. Sabemos también que una parte de los socialistas de verdad que se habían opuesto al socialismo burocrático, los que estuvieron en la punta de lanza de la crítica al burocratismo fueron ninguneados, como Christa Wolf y tantos otros. Pero lo que viene a decir la película en su desenlace no es que no hubiera más alternativa que el regreso al capitalismo. No sé lo que piensa Florian Henckel sobre eso, pero en cualquier caso no lo dice ahí. Y no debe ser ese el mensaje cuando, navegando por la red, vemos lo que está diciendo al respecto la

derecha extrema de este país. ¿Qué es lo que no ha gustado de la película a la derecha ultramontana? Pues precisamente el desenlace, la parte final. A la gente que rebuzna en Libertad Digital, por ejemplo, eso les ha cabreado; la primera parte les parece muy bien, porque, según ellos, los rojos recalcitrantes se van a enterar, por fin, de lo que estaba pasando en el comunismo, pero al final resulta que el personaje central de la película, el capitán de la Stasi, el malo por antonomasia, es una buena persona. Eso les molesta, porque piensan que no puede haber rojo bueno. Luego hay algunas otras cosas de la película que deberíamos tener en cuenta. Por ejemplo, que se trata de una opera prima de un director joven que vivió aquella época siendo un niño. Y por tanto se trata de una mirada nueva, y seguramente más acertada que la que podemos tener los que vivimos aquella época ya adultos. Eso me trae a la memoria la estupenda novela de Isaac Rosa, *El vano ayer*. Rosa tampoco vivió los tiempos que narra, y sin embargo ha sabido captar la sustancia de lo que sucedía aquí, en las comisarías, mejor que muchos que sí la vivieron.

Joan Tafalla: En cualquier caso yo no me resigno a que se tire el niño con el agua sucia. La RDA, por ejemplo, es quien en 1973 acoge a la mayor parte del exilio chileno; da una ayuda fraternal a Vietnam en su lucha de liberación; juega un determinado papel en la lucha de clases a nivel internacional; etc. Que no aparezca nada positivo en la película es también una decisión, intencionada o no, que produce un determinado efecto. No me cabe duda que Florian Henckel es ya un gran director, que ha hecho una película que me ha impresionado, que me ha golpeado. Y tampoco tengo dudas de que aquello no era socialismo; como dijo Brecht, el problema era la democracia, la falta de democracia. Pero no acepto la idea de que la alternatia sea el capitalismo.

El Viejo Topo: Para terminar, y después de lo que habéis dicho, quisiera regresar a la primera pregunta: ¿es muy buena, buena, regular...?

Fco. Fernández Buey: Yo sigo diciendo que es una buena película.

Joan Tafalla: Yo también.

Fco. Fernández Buey: Lo diré de otra manera. Si la pongo en comparación con las películas que he visto este año, algunas de las cuales estaban seleccionadas para los Oscar en lengua no inglesa, no tengo la más mínima duda que *La vida de los otros* es la mejor ■